

fundamentar las bases de su acción y prestar los materiales—humanos y geniales—del hombre, saben hablarle a éste, sin conceptos, de los grandes fines de los antepasados, todo con objeto de hacerle hallar un arraigo firme en el suelo, espiritualizando así, parejamente, los más fuertes anhelos de desplazamiento nacional y económico.

¿Habrà que decir todavía de los propósitos que conducen a la Universidad Nacional, cuando intenta ésta llevarnos al hallazgo del genio de México, por medio de la prédica—individualista y colectivista—del ejemplo de sus personalidades mayores, con la publicación de brevísimas biografías consagrada al pueblo.

La Tristeza Americana

Por JOSE VASCONCELOS

Ofrecemos esta interesante consideración, que forma en uno de los capítulos del libro "Bolivarismo y Monroísmo", de JOSE VASCONCELOS. Cargos, como el más reciente de Keyserling, de la llamada tristeza americana, son vistos y a la vez considerados desde un más amplio ángulo, por la pupila alerta en favor de los intereses de nuestro Continente, del gran ideólogo mexicano.

MAS insistente que el cargo exagerado de la incurable monotonía de la pampa, es el tema de la soledad que se supone endemia de estas regiones australes. Monotonía y soledad, en todo caso, resultan estados de ánimo propios del visitante y del viajero, nunca del nativo. Por lo mismo, caemos en sugestión ingenua cada vez que repetimos que es triste el panorama local y que le falta cordialidad. ¡No nos conformamos con pensar o repensar las ocurrencias del europeo, sino que hemos de imitarle incluso lo inimitable: la sensibilidad! Y porque algún esteta de los bulevares desembarca fatigado y bosteza, sin haberse dado cuenta de que vivió en Río de Janeiro la mejor estampa del Universo, ya también nosotros estiramos el gesto y nos sentimos anegados de spleen. William James se hubiera regocijado de vernos así, confirmando su endeble tesis sobre el origen de las emociones. Pero ya es tiempo de advertir que semejantes posiciones literariosimiescas no son otra cosa que contagio de las pequeñas infecciones espirituales que también suelen acarrear los barcos y no sólo las ratas de la bubónica. Ya es tiempo de que alguien se ocupe del exterminio de los microbios que vienen de fuera, dado que ya tenemos bastante con las propias dolencias. Procuremos tratar al yodoformo la tesis de la soledad de Buenos Aires, Santiago, Lima o México.

Por regla general es el hombre un ser vigoroso que lleva en torno suyo el ambiente y lo impone por donde va, pero no faltan anémicos que se sienten inquietos y solitarios con el menor cambio de la atmósfera usual. Es natural, por lo mismo, que algunos europeos de poca enjundia se sientan solos y tristes, inútiles para la pasión de lo nuevo,

a la media hora de desembarco en Buenos Aires o en Río. El prejuicio de que vienen a enseñar y no a aprender, les impide darse cuenta de que aquella soledad que adivinan tras el caserío europeo cuenta, por lo menos, con la ventaja de limpieza inmensa. Leguas de espacio para cada pulmón. Y más árboles que gentes. Con qué regocijo mirarían sus ojos, respirarían sus pulmones si no trajesen ya en la mente ese estado pretuberculoso de sus grandes aglomeraciones y colmenas de la urbe que se derrama devorando campiñas, ensuciando el planeta de humanidad. En cambio, nosotros, con qué íntimo orgullo pisamos la tierra del desembarco, sintiéndole el ritmo impelente, de signo contrario al ritmo sedante de Europa. Clima de sanatorio aquél, y éste casi un campo de batalla. Región de la conquista que aún no concluye. ¿De dónde, pues, nos ha de resultar a nosotros la tristeza por el retorno?

Al contrario, es en la propia nación donde cada quien se siente dichoso y acompañado, porque sólo en ella desarrollamos con plenitud el acervo de nuestras capacidades. Y no puede haber soledad donde una empresa cualquiera nos liga con algún semejante. El mismo amor sexual, vale más por la compañía en la tarea de la familia que por el placer fugitivo del encuentro. La tarea común es lo que ata a los hombres y les enciende la simpatía. Los que se juntan para divertirse, a la larga se aburren. En cambio, una faena cualquiera, un trabajo productivo o creador, nos junta a todos en la alegría. La soledad y la tristeza, por eso mismo son propios de los sitios en que nos quedamos al margen de la tarea colectiva. El ser nada más que espectador es lo que aburre y fatiga de la permanencia en territorio extranjero. Soledad es estar de inútil, aunque nos acompañen familiares y amigos. Por eso Europa nos cansa y nos amarga el carácter; no hay en ella sitio para nuestra acción. Y por eso acabamos por sentirnos más tristes en París que en el Putumayo o en La Quiaca.

Muy interesante es un país mientras dura el curso del estudiante o la excursión turística, pero apenas la estación se prolonga, nos cae encima la convicción, que se convierte en remordimiento, de que estamos allí de más. Y por lo mismo que admiramos la vida plena del artesano, del profesor o del artista, quisiéramos liquidar la espera para llegar cuanto antes al sitio amado de la patria, amado porque en él podremos ser cabales artesanos, cultivadores o artistas. Nostalgia de América nos acongoja, imaginando las tareas gloriosas que en estas tierras aguardan el fervor de los genios creadores. Ansía de traducir lo que vemos, pero en lo que tiene de esencial, que es su crear. Lo que podrá conducirnos aun a contradecir, pero rara vez, casi nunca, a imitar. Y prisa de un retorno sin nostalgias de viaje, porque estuvimos fuera lo bastante para darnos cuenta de la tragedia del meteco. El meteco ha olvidado su lengua y gesticula en el idioma adquirido. Toda la tristeza de París encarna en esas multitudes de rentistas pequeños o grandes que acuden de cada rincón de la tierra, con su vida liquidada y la bolsa repleta. Y se apresuran droguistas, modistos, médicos y hoteleros, a prolongar la agonía de los

parásitos dorados que lentamente se despojan de los restos de su salud en las boites nocturnas—rostros pintarrajeados para el alquiler y champaña obligatoria—y se desprenden de sus monedas en la necia aventura de las ruletas internacionales. Y no les queda sano ni el oído, que para siempre les destroza el jazz. Tristeza infinita del placer anónimo y mercantilizado. Por lo menos, en el jolgorio de los amigos de la ciudad conocida no se borra del todo la responsabilidad, y por lo mismo nunca se baja tan bajo.

De donde se sigue que apenas se ha hecho el recorrido de los museos de Atenas a Londres, y si no vamos a dedicar una porción de la vida a un trabajo de crítica o de estética, lo más prudente es tomar el barco que nos devuelva al cielo y al aura de nuestra nacionalidad, único sitio donde podrá germinar nuestro grano. Y por lo mismo, la única ocasión de nuestro regocijo.

Se habla también de nuestra tristeza. Cuando cede la tiranía, no hay nada más alegre que un domingo mexicano, con desfile y músicas y sol. Como no sea un domingo de Madrid. Todavía si lo añorado fuese España, puede ser comprendida la añoranza. Pues dónde podría superarse la fiesta que es cada mañana en el Retiro; la música de las conversaciones femeninas en la Castellana; el lujo de los trenes bajo el sol; la cercanía de las telas claras de Goya; la horchata bebida en las mesillas al borde de la acera convertida en salón; la inquietud de la próxima lidia de toros; el ruido melodioso del alma latina. Bien se puede echar de menos todo esto, pero los que hablan de soledad y de añoranzas, piensan más bien en panoramas lluviosos y en ambiente donde el alma misma tiene que ceñirse el corsé de la lengua extranjera, que ¡ay de nosotros si llegamos a dominarla, porque es a costa del daño que deforma la sensibilidad!

Se habla mucho de nuestra tristeza americana, pero ¿hay desolación comparable a la de un domingo londinense? ¿Y hay algo más doloroso que la multitud dominical del Boulevard a la altura de los italianos y hacia abajo? Rostros pálidos, cortas las mangas y el pantalón por ahorro de tela, lento el andar que no tiene adonde ir. Ni panorama ni alegría. Y son menos pobres que los pobres de Madrid. Y son menos pobres que la plebe de México, pero han perdido o nunca han tenido esa creación del sol, la risa despreocupada y estrepitosa.

¿Qué sabe de triseza el argentino que no ha pasado un domingo en el Bowery? ¿Y dónde hay soledad como la soledad de los emigrantes sueltos que abogan la cabeza en las bancas del Battery Place?

Muy distintos se les ve por aquí, en los pic-nics—¿por qué han tomado este nombre texano en vez del clásico; romería o merienda o tardeada?—Mucho más felices las multitudes que se derraman por la margen del estuario desde el puerto hasta el Tigre, acompañados de su garrafa de vino y su acordeón. Juegan y bailan; no se embriagan.

Es cierto que existe la profunda tristeza del interior. La patética zona narcotizada de alcohol. Precisamente esa tristeza inmensa, viene de ser paria en el propio territorio. Depende de que no

tienen alto ideal en qué emplearse o tarea absorbente y útil las energías que rebasan del más humilde de los hombres.

Examinar estos casos nos llevaría a la consideración de situaciones sociales, ajenas al propósito de estas reflexiones: la falsedad de la tesis de la tristeza americana. ¿Tristes hemos de ser porque el señor De Keyserling aquí se aburría? También se aburre en Darmstadt; si no, no saldría a recorrer naciones.

Triste es el momento actual del mundo, pero no porque le falte panorama, ni porque de pronto nos hayamos hecho solitarios. En una buena, limpia, perfecta soledad, suele haber más alegría que en el abigarramiento de las distracciones sociales. No disputamos a nadie el derecho distinguido de la tristeza del alma. Lo que no se puede aceptar es que esa tristeza incurable y fecunda se achaque a que nos ha tocado vivir en una o en otra playa del Atlántico.

No es soledad la de la pampa, donde cada rumbo es un camino y donde cada encuentro se resuelve en trato humano. Soledad es la del que pasa entre la multitud por la avenida trazada y ni un solo rostro responde a un saludo. ¡Ya es tiempo de que se sepa la desolación que es cada Babel, para que los hombres retornen dichosos a la sociedad de aquellos a quienes une la faena común, el ideal compartido. Tienen razón los pueblos llenos que execran al meteco. Cuando se queda sin dinero, estorba; cuando llega con dinero, corrompe. Ahora bien; meteco es el que no se suma a la tarea. En América no es meteco el extranjero, porque viene a trabajar y a crear.

Sólo disfrutan del juego los que han bregado reunidos. Sólo está solo el que no tiene parte en la tarea. De allí la agobiadora soledad del americano en Europa, así que concluyó su curso, así que terminó la jira, así que probó la monotonía irreparable de la voluptuosidad.

Si por aquí nos sentimos solos, más solos nos sentiremos lejos; yo escribo estas líneas para los que nunca podrán ir a Europa y les digo que eso no es causa de tristeza. Lo que es dolor, más que tristeza, es no llenar nuestro ambiente con la alegría de corazones fuertes. Si no sabemos jine-tear en la pampa, no sabremos danzar en los palacios. El que no miró la tierra desde su cumbre andina y se alegró, bien puede ahorrarse los viajes dilatados; su mal está en el ánimo. Cúrelo con una ambición generosa y modesta. Es bueno, si se puede, recorrer el mundo; pero no es varonil dolerse de que no es bastante hermoso el panorama nativo. Ni varonil ni estético; porque el esteta descubre donde no hay, crea de la nada. El arte es la caricatura que complace a nuestro instinto de la Divinidad. Y ésta ya se sabe, está en todas partes.

Jóvenes de América: no hay que añorar el viaje que ya se hizo ni preocuparse por el que no se hará. Lo que importa es el empleo dichoso de cada uno de los instantes de nuestra perduración. Unas cuantas gotas del océano de la eternidad. Alegría en el dolor es la divisa de los fuertes. Y el don de los buenos.

Y siempre está acompañada el alma, se despierta al milagro de su convivencia con la Divinidad.